

DIOS NOS VISITA EN LA VENIDA DE LA VIRGEN

La Navidad viene siempre precedida por el tiempo litúrgico del Adviento. Son cuatro semanas que nos ayudan a preparar con fruto la *venida* del Hijo de Dios, encarnado en el seno de la Virgen María. Los hijos e hijas de Elche celebráis, además, otro *Adviento* muy especial: la Venida de la Madre de Dios, la *Vinguda de la Mare de Déu*.

Al nacimiento gozoso del Mesías se une, por tanto, en la ciudad de las palmeras el júbilo incontenible por la cercanía entrañable y familiar de la Virgen Madre, «la que vino por el mar», como dice la conocida canción titulada *Aromas ilicitanos*. El himno que brota de los labios de Zacarías, el *Benedictus*, podemos aplicarlo a la joven doncella de Nazaret: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque nos ha visitado y redimido». En efecto, al celebrar la Venida de la Virgen descubrimos que es Cristo mismo quien, por María, sigue visitando y redimiendo a su pueblo. Y, al dirigir nuestra mirada a la Madre–Virgen, que aceptó con prontitud y generosidad el proyecto de Dios sobre ella, queremos proclamarla bienaventurada, porque su sí nos ha abierto el camino de la Vida, una vida que tiene nombre y que es Jesucristo.

Visitar es descender, es acercarse

Tiene numerosas acepciones en nuestro idioma el verbo visitar. Una de ellas con sabor marcadamente teológico: «Enviar Dios a los hombres algún especial consuelo o trabajo para su mayor merecimiento, o para que se reconozcan». La historia del pueblo israelita es la historia de las continuas visitas de Dios. En el libro del Génesis, por ejemplo, leemos que «Yahvé visitó a Sara como lo había dicho, e hizo Yahvé por Sara lo que había prometido» (21,1). Y en la resurrección del hijo de la viuda de Naím, la gente reconoce que, en Jesús, «Dios ha visitado a su pueblo» (Lc 7,16), restituyéndole la alegría y la vida. La visita de Dios evoca aquel primer éxodo de Israel, la liberación de la

esclavitud de Egipto: «El pueblo creyó, y al oír que Yahvé había visitado a los israelitas y había visto su aflicción, se postraron y adoraron» (Ex 4,31). Toda visita de Dios significa que Él se acuerda de su pueblo y le ofrece su rostro misericordioso.

Cuando escuchamos esta buena noticia, que Dios Padre nos visita plantando su tienda en medio de nosotros, y que envía por delante como embajadora de tan gran Rey y Señor a su hija predilecta, la Virgen María, nuestra actitud ha de ser la de los israelitas: «se postraron y adoraron». Ésta es la postura que nos hace más humanos, pues sólo reconociendo nuestra pequeñez, nuestra indigencia, podremos entonces *levantarnos* como el hijo pródigo para entrar en la casa del Padre.

Todo comienza, pues, con el *levantarse*. Levantarse para volver es el camino de la conversión. Se trata de dejar el lugar y el estado en que uno se encuentra y ponerse en camino, como hacemos, cada dos años, desde la playa del Tamarit hasta la Basílica de Santa María. La buena noticia de que Dios nos visita, pobre y humilde en Belén, nos debe alzar de la postración, dando fuerza a nuestros pies para continuar el trayecto y reavivar en nuestro corazón la esperanza.

Levantarse es ayudar

Levantarse es, también, dirigir nuestros pasos hacia los hermanos que siguen postrados, humillados, anonadados, para ofrecerles nuestro apoyo y consuelo, nuestro auxilio y cercanía. Levantarnos como se levantó María de su casa de Nazaret y *subió* a la montaña de Judea, para estar al lado de santa Isabel. El misterio gozoso de la Visitación de María puede comprenderse a la luz de este acontecimiento que, en el relato del evangelio de san Lucas, precede inmediatamente: el anuncio del ángel y la concepción de Jesús por obra del Espíritu Santo. Comenta este pasaje el Papa Benedicto XVI, afirmando:

«El Espíritu Santo descendió sobre la Virgen, el poder del Altísimo la cubrió con su sombra (cf. *Lc* 1, 35). Ese mismo Espíritu la impulsó a *levantarse* y partir sin tardanza (cf. *Lc* 1, 39), para ayudar a su anciana pariente.

Jesús acaba de comenzar a formarse en el seno de María, pero su Espíritu ya ha llenado el corazón de ella, de forma que la Madre ya empieza a seguir al Hijo divino: en el camino que lleva de Galilea a Judea es el mismo Jesús quien *impulsa* a María, infundiéndole el ímpetu generoso de salir al encuentro del prójimo que tiene necesidad, el valor de no anteponer sus legítimas exigencias, las dificultades y los peligros para su vida. Es Jesús quien la ayuda a superar todo, dejándose guiar por la fe que actúa por la caridad (cf. *Ga* 5, 6)... Vemos que el corazón de María es visitado por la gracia del Padre, es penetrado por la fuerza del Espíritu e impulsado interiormente por el Hijo»¹.

Pidamos a la Virgen María que nos haga dóciles al Espíritu del Señor, el mismo Espíritu que hizo de Ella el árbol que dio el fruto más hermoso: su hijo, Jesucristo. Y que ese mismo Espíritu abra nuestros ojos a quienes necesitan ser *visitados* en su soledad y desvalimiento, pues «el Espíritu es también la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia»².

Que estas fiestas de la Venida de la Virgen nos ayuden a acercarnos a María con plena confianza, como sólo un hijo sabe acudir a su Madre.

Mi bendición y saludo afectuoso para todos,

¹ BENEDICTO XVI, *Al final del mes mariano*, 31 de mayo de 2007.

² BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 19.

+ Lafay

✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela–Alicante